

ante esa persona (muy agradable, no digo lo contrario) no tendrán consecuencias en lo que toca á tu establecimiento. ¿ Por qué me miras de ese modo? ¿ Estás mala?

Edith se había llevado nerviosamente las manos á la cara : un gran temblor movió sus brazos, pero aquel movimiento febril duró nada más que un instante. Al salir de la habitación tenía su serenidad acostumbrada.

La doncella, á quien ya hemos visto actuando de muerte, reapareció; dió el brazo á su ama, que al parecer había perdido sus energías con el despojo de sus gracias y que con el camisón de franela parecía haberse revestido de parálisis. La doncella recogió aquellos restos de Cleopatra y los depositó en la alcoba para que descansaran hasta la resurrección del día siguiente.

## CAPÍTULO XXVIII

## NOVEDADES

— Ha llegado el día, Susana — dijo Florencia á la excelente Nipper — de que nos volvamos á nuestra sosegada casa.

Susana tomó aliento con una expresión que no es fácil de describir y después de dar relieve á sus pensamientos con una tosecita contestó :

— Muy sosegada, nuestra casa, señorita; hasta excesivamente.

— Cuando yo era niña — dijo Florencia preocupada y luego de pensar un momento — ¿ te acuerdas de que viniera á verme alguna vez ese señor que se presenta ahora á caballo? Tres veces ha venido ya en estos días... tres veces, me parece.

— Tres veces, señorita. La primera cuando estaba usted paseándose con los Sket...

Florencia la miró y comprendiendo la mirada, Susana corrigió su expresión diciendo :

— Con sir Barnet y su señora y su hijo. Y después ha venido por la tarde dos veces.

— Dime, Susana — volvió á preguntar Florencia — ¿ te acuerdas de haber visto en casa, cuando yo era niña, á ese caballero entre las visitas de papá?

— La verdad es — contestó Susana después de reflexionar un momento — la verdad es que no puedo decir que sí ni que no. Cuando se murió su pobre mamá, señorita, yo era nueva en la casa y mi estancia era el sotabanco.

Diciendo esto se irguió Susana como si reprochaba á mister Dombey el haberla menospreciado de aquel modo.

— Es verdad — dijo Florencia, siempre pensativa — no podías saber lo que pasaba en casa.

— No lo sabía. Únicamente oía decir cosas, pero poco, porque la nodriza antigua, la anterior á mistress Richards no quería hablar delante de mí, teniendo siempre indirectas para las *tontuelas*. En realidad — añadió Susana, indulgente — tenía costumbre de embriagarse : al fin la despidieron.

Florencia sentada junto á la ventana del cuarto miraba fuera y preocupada, sin hacer mucho caso de las habladurías de Susana.

— De todos modos — prosiguió ésta — me acuerdo muy bien de que este mismo mister Carker era un señor tan escuchado de mister Dombey como lo es hoy. Ya se decía que en los negocios de la City lo era todo, que tenía la gerencia absoluta y que mister Dombey le consideraba más que á nadie : lo que no era difícil, puesto que mister Dombey no considera á nadie. Esto es lo que sabía yo, aunque *tontuela*.

Susana Nipper aún se sentía lastimada, evidentemente, por las indirectas de la antigua nodriza. Y continuó :

— Mister Carker no ha perdido terreno en la casa ; su situación es preponderante : lo sé por un tal Perch, mozo del escritorio, que nos lo cuenta en la cocina, cuando viene ; es un buen hombre, incapaz de

hacer daño á una mosca, pero ¡ válganos Dios ! ¡ qué pesadez ! Es insufrible. Cuenta todo lo que sabe de la City y dice que mister Dombey no hace nada sin mister Carker, que mister Carker dispone de todo, que mister Dombey no hace más que lo que quiere mister Carker, en fin que según ese majadero de Perch, el emperador de las Indias no es más que un muñeco si se le compara con mister Carker.

Esta vez Florencia había prestado mucha atención á lo que decía Susana. Ya no miraba al campo sino á su confidente cuyas palabras recogía sin que se le escapase ninguna.

— Sí, Susana — dijo Florencia cuando aquélla terminó sus explicaciones — no hay duda de que ese caballero tiene la confianza de papá y es su amigo.

Este fué el tema de las cavilaciones de Florencia durante muchos días. Mister Carker había llegado en sus visitas á una manera de familiaridad que sorprendía mucho á la joven : la había dicho, de un modo misterioso, que no se tenían noticias del barco ; su amabilidad empalagosa envolvía á Florencia que se sentía como presa y sin acertar á desenmarañarse, pues para ello hubiera necesitado una destreza y un conocimiento del mundo que por completo la faltaban. Habíase limitado Carker á decirle que no se tenían noticias del barco y que esta carencia de noticias implicaba algo grave. Pero lo que no comprendía Florencia era que Carker hubiera podido averiguar que ella tenía interés en saber del barco ni tampoco se podía explicar porqué la daba á entender Carker que él conocía este interés, manifestándose de una manera insidiosa y secreta.

Esta conducta de parte de Carker y la costumbre que Florencia adquirió de considerarla con intran-

quilidad, acabaron por influir en el ánimo de Florencia creando en ella un permanente malestar. Se le representaba á menudo la fisonomía de Carker, alguna veces se complacía en recordarla, con objeto de familiarizarse con ella y no la impresionase después más que cualquiera otra. Pero era inútil; siempre que la imaginación daba forma á la imagen, Florencia la veía importuna, sonriente y sin que fuera capaz de disipar esta fascinación por ningún rasgo.

Por otra parte, no había renunciado Florencia á su propósito de lograr el cariño de su severo padre; seguía creyendo que la causa de aquella frialdad que la separaba de su padre, estaba en ella y no en su padre y pensaba que acaso aquella misma fatalidad que la alejaba de éste era la que se hacía sentir al inspirarla repulsión por el amigo de su padre. Lo pensaba y algunas veces lo creía. Por esto se decidió á dominar su mala idea, persuadiéndose de que los actos del amigo de su padre eran para ella un encarecimiento á la prosecución de sus propósitos, una apelación á su confianza : de tal manera tenía la esperanza de que por la paciente observación llegaría á entrar en el camino que la elevara por último, hasta el corazón de su padre.

Nadie la aconsejaba — ni tampoco ella podía solicitar consejo, sin que apareciese que tenía quejas de su padre — y así no podía salir de aquel mar de dudas y esperanzas; mar en el que se agitaba mister Carker como un monstruo de escamas, mirándola, sin tregua ni descanso con ojos chispeantes.

Nueva razón era ésta, por tanto, para que Florencia deseara regresar á su casa. La vida de aislamiento era más adecuada á su estado de agitación

entre la duda y la esperanza : hasta llegaba á tener miedo de que hallándose lejos de su padre se le escapara alguna feliz oportunidad en qué probarle su cariño. Bien sabe Dios que podía estar muy tranquila á este respecto, ¡pobre niña! pero su imaginación no la daba punto de reposo, y hasta cuando dormía se le aparecía entre sueños el amor á su padre como un pajarillo que revoloteaba en derredor del nido.

Pensaba en Wálter á menudo. Ah, sí, ¡cuántas veces se acordaba de él al escuchar el bramido del viento en medio de la noche sombría! Pero no perdía la esperanza : difícil es desarraigarla de corazones jóvenes, inexpertos. ¿Cómo podría imaginarse Florencia que un joven en la plenitud de sus energías pudiera extinguirse, como débil llama, al soplo de tinieblas? Pensaba en los sufrimientos de Wálter : en su muerte no pensaba jamás y sólo por instantes se le ocurría tal idea.

Florencia había escrito al óptico, pero no había tenido contestación : es verdad que no la pedía.

Tal era la situación el día en que Florencia se decidió á volver á su hogar solitario, deseosa de encontrar otra vez su antigua vida de retiro.

El doctor Blimber y señora habían regresado ya á su domicilio llevándose (bien á pesar del mismo) al joven vástago de Barnet. Éste y los demás camaradas en la peregrinación al Parnaso se encontraban á aquellas horas, de seguro, enfrascados en sus inacabables estudios. Las vacaciones habían terminado, con creces, y la colonia juvenil de sir Barnet ya estaba dispersada.

Uno, sin embargo, quedaba : uno que no era huésped de la casa, es muy cierto, pero sí un asiduo visitante. Era mister Toots, constante en sus aten-

ciones á la familia de sir Barnet. Había renovado su amistad con el joven Skettles, á quien conoció en la recepción del doctor Blimber, la memorable noche de su independencia, aquella en que habiéndose puesto el anillo empezó la nueva era. Un día sí y otro no iba Toots á casa de sir Barnet y dejaba en la portería sus tarjetas, un surtido completo, lo mismo que si diera las cartas en una partida de *whist*.

Tenía mister Toots la idea de que no se olvidase de él la familia Skettles y al efecto concibió un atrevido y felicísimo plan (indudablemente sugerido por el poderoso ingenio del Pollo) que consistió en equipar un *cutter* de seis remos. Este *cutter* estaba tripulado por acuáticos amigos del Pollo haciendo de timonel éste mismo. El atrevido timonel vestía para estos casos un traje colorado y se cubría con un sombrero verde. Antes de armar la nave había consultado Toots con el Pollo qué nombre daría el mismo Pollo á una embarcación, suponiendo que se encontrase enamorado de una señorita cuyo nombre fuese María. A lo que el Pollo contestó con varias enérgicas observaciones que él la llamaría *Maruja* ó bien *Delicias del Pollo-bravo*. En virtud de esta idea y después de largas meditaciones decidióse Toots por el nombre de *Alegria de Toots* nombre á su parecer tierno y dulcemente alusivo á Florencia de tal modo que con facilidad se comprendía la alusión sin ser ésta excesiva.

Tumbado en almohadón de grana, á lo largo de su galante barca, levantados los zapatos al aire, dedicábase Toots, á madurar su plan, río abajo, río arriba, durante días y semanas. Muchas veces había desfilado por delante del jardín de sir Barnet, trazando cruces y ángulos para llamar bien la atención y que se le viera desde balcones y ventanas. Y la verdad es

que tales fueron sus evoluciones que no quedó nadie en la vecindad ni en el litoral sin enterarse. Pero siempre que pasaba junto al jardín de los Skettles se creía Toots en el caso de atribuir á la casualidad su tránsito por aquellos parajes.

— ¿Cómo va, amigo Toots? — le gritaba sir Barnet saludándole con la mano desde la ribera, mientras el piloto atrevido enfilaba lo más cerca posible de tierra.

— ¿Cómo está usted? — contestaba Toots en seguida. ¡Qué casualidad, encontrarle á usted aquí!

El sagaz Toots empleaba siempre esta fórmula, lo mismo que si en vez de encontrar á sir Barnet en su casa lo hubiera tropezado en un banco del Nilo ó en un arenal del Ganges.

— ¡Qué sorpresa! — añadía Toots. — Y miss Dombey, ¿está ahí?

A esto aparecía Florencia, algunas veces.

— Diógenes sigue bien, miss Dombey — exclamaba Toots. — He ido por allá esta mañana.

— Muchas gracias — contestaba con agrado Florencia.

— ¿No desembarca usted Toots? — decía sir Barnet. — ¡Ea! ¿Qué prisa tiene usted? Venga usted por aquí un ratillo.

— ¡Oh! no tiene importancia... Muchas gracias — contestaba Toots poniéndose muy colorado. — Me ha parecido que miss Dombey se alegraría de saber esto: nada más. ¡Buenas tardes!

El pobre Toots se moría de ganas de desembarcar y entrar en el jardín, pero no se atrevía, le daba cortedad de aceptar la invitación de sir Barnet y en consecuencia hacía señas á su piloto y la *Alegria* surcaba las aguas con la velocidad de una flecha.

La mañana en que Florencia se marchaba la *Alegria* se presentó, esplendorosamente dispuesta, delante del jardín. Y cuando Florencia bajó, á despedirse de los Skettles encontró á Toots en el salón.

— ¿Cómo está usted, miss Dombey? — preguntó sobrecogido Toots, porque siempre se desconcertaba, cuando tenía la suerte de ver cumplidos sus deseos. Y en seguida, sin esperar la contestación á su pregunta, añadió: — Muchas gracias. Yo estoy muy bien. Supongo que también usted lo estará. Diógenes sin novedad, ayer.

— Es usted muy amable — dijo Florencia.

— Muchas gracias. No tiene importancia — repuso Toots. — He pensado que acaso querría usted regresar á Londres por agua. Hace un tiempo magnífico. Si usted quiere, en mi bote hay sobrado sitio para usted y su doncella.

— Se lo agradezco mucho — contestó Florencia. — Mucho... pero no puedo aceptar su ofrecimiento.

— ¡Oh! no tiene importancia — observó Toots. — ¡Buenos días!

— ¿No se espera usted un momento para saludar á lady Skettles? — dijo Florencia amablemente.

— No señora, gracias. No tiene importancia.

Pero precisamente cuando Toots acababa de decir esto, que no era sino el resultado de su cortedad y turbación, entró lady Skettles en la sala. Al instante volvió Toots á su manía de preguntas: ¿Cómo está usted? Espero que seguirá usted bien, con todo lo demás de su repertorio, sin olvidarse los fuertes apretones de manos, hasta que entró á su vez sir Barnet: entonces cayó Toots sobre el recién llegado con la tenacidad de la desesperación.

— Perdemos hoy, Toots — dijo sir Barnet volviéndose hacia Florencia — el faro de esta casa.

— ¡Oh! no tiene im... es decir, sí — dijo Toots rectificándose y enteramente confundido. — ¡Buenos días!

A pesar de la solemnidad con que pronunció Toots estas palabras de despedida, no se fué: quedóse quieto, clavado en su sitio, sin ver y sin oír. Florencia para despertarle de aquel estado de entorpecimiento, se despidió de lady Skettles, dándole repetidas gracias y tomó el brazo de sir Barnet.

— ¿Puedo pedir á usted el favor, miss Dombey — dijo sir Barnet al dirigirse hacia el carruaje — de que presente mis mejores recuerdos á su papá?

Entristeciale á Florencia hacerse cargo de aquella comisión; parecíale que con ello engañaba á sir Barnet, dejándole creer que un cumplimiento á ella dirigido lo era también para su padre. No pudiendo explicarse dió gracias á sir Barnet y se puso á pensar que su sombría casa era el mejor retiro posible, pues allí no tenía motivos para lamentar á cada instante las razones de su tristeza.

Las personas, nuevas amistades suyas, que aún quedaban en casa de sir Barnet salieron al jardín para despedir á Florencia. Todos la habían tomado cariño y sentían que se marchase. Lo sentían también los criados, la servidumbre entera, saludándola en derredor del coche. A todos saludaba también Florencia, miraba aquellas caras conocidas, la de sir Barnet, la de su señora, la de Toots también que la contemplaba á distancia y se reía, como aquella noche en que Pablo y Florencia con él, salieron del colegio de Blimber. Cuando echó á andar el coche, se le saltaron á Florencia las lágrimas.

Eran lágrimas de tristeza, pero de consuelo también, porque todos los recuerdos que de la vieja casa adonde iba se le representaban en la memoria coloreados de rosa. Parecía que había transcurrido larguísimo tiempo desde que no cruzaba por aquellas habitaciones silenciosas, desde que no pasaba, temerosa, cerca del gabinete de su padre, desde que no sentía la solemne, pero también suave influencia que sobre los actos de la vida ejercen los seres que han terminado su existencia. Esta despedida vino al mismo tiempo á recordarle su separación del pobre Wálter; las palabras de éste, su mirada, su ternura para con aquellos de quienes iba á separarse y al mismo tiempo su valor y sus esperanzas. También estos recuerdos se asociaban con los de la vieja vivienda dando á esta á manera de sagrados derechos en el corazón de Florencia.

Hasta Susana Nipper tenía la impresión de haber permanecido años ausente de la casa: Lóbrega era ésta, sin duda, pero lo cierto es que Susana trataba de olvidar esta falta en obsequio á sus deseos de volver á ella.

— Me alegro mucho de regresar á casa — decía. — Por supuesto que como horrible, es horrible; pero no quisiera por nada del mundo que se quemara ni se hundiera.

— Te gusta volver á nuestro caserón, ¿verdad? — dijo Florencia sonriente.

— Sí, señora — contestó Susana más afable cuanto más se acercaban á la casa, — no diré que me disgusta, por hoy, sin perjuicio de que mañana lo deteste.

Florencia se complacía en imaginar que en aquella paz agradable hallaría el sosiego que no encen-

traba en otras partes. Mejor era ocultar sus pensamientos allí entre murallones que á la luz del día entre caras extrañas. Más valía dejar que su amante corazón prosiguiera su estudio por sí sólo que exponerle á desánimos al ver de qué manera eran felices otros. Con mayor facilidad esperaría con resignación y paciencia en aquel asilo de vejez y de ruina que en casa ajena repleta de alegría. De esta manera se abismaba nuevamente en sus sueños deseosa de cerrar tras de sí la vieja puerta negra.

Con estos pensamientos entraron en la desierta calle. Florencia estaba en el carruaje sentada del lado opuesto al correspondiente á la casa, según la dirección que el coche había tomado: así, á medida que se iban acercando miraba Florencia si estaban en la casa de enfrente las niñas que tanto la interesaban.

De pronto la sustrajo á su observación la voz de Susana.

— ¡Dios nos asista! — exclamó Susana. — ¿Dónde está nuestra casa?

— ¿Nuestra casa? — dijo Florencia.

Susana no hacía más que mirar por la ventanilla, retirarse de ésta, volver á mirar, hasta que el carruaje se detuvo.

Un verdadero laberinto de andamios tapaba la fachada desde la acera hasta el tejado. Cargas de ladrillos y piedras, montones de mortero, pilas de maderos, llenaban aquella parte de la calle. Escaleras en los tablones de la valla, trabajadores que subían por estas escaleras y otros muchos trabajadores encaramados en los andamios; dentro de la casa, pintores, papelistas que recogían grandes rollos de un carro parado delante de la casa; por los huecos de las ventanas no se veía mueble alguno: no había más que

operarios desde la cocina hasta las guardillas. Fuera y dentro de la casa no había otra cosa que albañiles, carpinteros, peones, papelistas, pintores: hacían coro el ruido del martillo, el escoplo, el pico, la sierra y la paleta.

Se bajó del coche Florencia, dudando de si estaba en su casa; pero tardó en acercarse Towlinson, el criado, que salió á recibirla,

— ¿Qué ocurre? — preguntó Florencia.

— Nada, señorita.

— Pero ¿qué novedades son éstas?

— ¡Oh! muchas novedades.

Entró Florencia como si estuviera soñando y subió hacia sus habitaciones. La luz entraba á borbotones por pasillos antes tan oscuros, por aquellos salones hasta entonces tan negros. Subidos en tarimas y cubiertos con monteras de papel había obreros. No estaba el retrato de su madre: en la pared y en lugar suyo se leía un letrero, hecho con tiza, que decía: « Esta habitación, en entrepaños. Verde y oro ». La escalera era un laberinto de postes y de tablas y allá en la cúpula se veía un Olimpo entero de operarios trabajando en las actitudes más diversas. Aún estaba el cuarto de Florencia intacto, pero á lo ancho de la fachada, había largas tablas que dejaban el cuarto casi á oscuras. Subió lentamente al otro cuarto, donde estaba la camita de Pablo. Se encontró con un hombre que fumaba en pipa y que con un pañuelo de bolsillo en la cabeza asomaba por la ventana, mirando desde fuera.

Allí fué donde Susana Nipper, que andaba buscando á Florencia, la encontró al cabo: la dijo que su papá qu ería hablarla, que la estaba esperando.

— ¡En casa, mi padre, y quiere hablarme! — exclamó Florencia, temblando.

Susana, más asustada que Florencia, repitió el recado. Florencia, pálida y agitada, se apresuró á bajar sin dudarle un solo instante. ¿Qué haría, al verle? ¿Le abrazaría? Su corazón le dijo que sí, que se atreviera á hacerlo. Y tomó la decisión de abrazarle.

Míster Dombey hubiera podido escuchar cómo latía el corazón de su hija cuando se halló en presencia suya. Un instante más y aquel corazón hubiera latido sobre su mismo pecho...

Pero no estaba solo míster Dombey: con él había dos señoras. Florencia se quedó parada. En aquella lucha que con su emoción sostenía, á no haber sido por aquel bruto amigo Diógenes que se abalanzó á ella con ladridos y agasajos de bienvenida lo que hizo que una de las dos señoras diera un grito de susto que impresionó á Florencia reaccionándola — sin esto se hubiera caído Florencia al suelo.

— Florencia — dijo míster Dombey á su hija alargando el brazo con frío ademán como para detenerla á distancia — ¿cómo estás?

Florencia tomó la mano de su padre y apenas la había tocado con sus labios cuando aquel brazo se encogió llevándose la mano.

— ¿Qué perro es éste? — dijo míster Dombey con expresión de desagrado.

— Es un perro... de Brighton, papá.

— Bien está — repuso míster Dombey: y una nube cubrió su faz, porque había comprendido á su hija.

Es muy manso — añadió Florencia dirigiendo sus palabras á las dos señoras. — Ladra de alegría de verme. Perdónenle ustedes.

Vió Florencia, al dirigir la palabra á las señoras que la que había gritado era vieja : vió que la otra, sentada cerca de su papá era joven, hermosa y elegante.

— Mistress Skewton — dijo Dombey extendiendo el brazo con su ademán helado — esta es mi hija Florencia.

— Un encanto, esta niña — dijo mistress Skewton mirando á Florencia con los lentes. — ¡Qué naturalidad! Queridita, si tuviera usted la amabilidad de darme un beso...

Florencia besó á aquella señora y luego se volvió hacia la otra, la que estaba cerca de su padre.

— Edith — dijo Dombey — esta es mi hija Florencia, esta señora va á ser muy pronto tu mamá.

Se estremeció Florencia; llena de sorpresa, de interés y de admiración y hasta de una especie de miedo, levantó la vista, miró á Edith y sin poder contener su emoción y su llanto dijo :

— Oh, papá, sea usted feliz, muy feliz siempre, siempre...

Y se echó en brazos de Edith.

Hubo un silencio, breve. La hermosa señora permaneció en este breve espacio, indecisa, sin saber cómo recibir la cariñosa manifestación de Florencia; pero la había cogido las manos y las apretó como para tranquilizarla. No dijo una palabra : inclinó la cabeza, dió un beso á Florencia, pero no dijo una palabra.

— ¿ Quiéren ustedes, que veamos las habitaciones y qué hacen esas gentes? — dijo mister Dombey. — Si usted gusta, señora...

Mister Dombey dió el brazo á mistress Skewton, que estaba mirando con los lentes á Florencia, reflexio-

nando, evidentemente, cuánto partido se podría sacar de aquella niña, mediante una infusión — tomada de la copiosa provisión suya — de corazón y naturalidad...

Florencia seguía abrazada á Edith cuando se oyó la voz de mister Dombey en el pasillo :

— Edith nos dirá... ¡ Eh! ¿ dónde está Edith?

— ¡ Edith, hija! — exclamó mistress Skewton — ¿ dónde estás? De seguro que está buscándonos. Estamos aquí, Edith!

La hermosa señora se desprendió de los brazos de Florencia, la besó tiernamente y con la mayor rapidez se incorporó á su madre y á Dombey. Florencia se quedó donde estaba, inmóvil, sin saber cómo ni por qué, afligida y alegre, con tristeza y con júbilo, sin que su corazón acertase á tomar partido entre aquellos sentimientos encontrados. De pronto su nueva mamá se presentó en la habitación y la estrechó en sus brazos.

— Florencia — dijo la señora mirándola fijamente á la cara. — ¡ No empieces por odiarme!

— ¡ Odiarla! Mamá... ¿ por qué? — Y Florencia miró á su vez á Edith noblemente y sin alterarse.

— Comienza por pensar bien de mí — dijo la señora — comienza por creer que he de hacer cuanto pueda porque seas feliz y que estoy dispuesta á quererte mucho, mucho. Y ahora, adiós... y silencio. Adiós y hasta pronto. No estés aquí, vete, vete.

La abrazó — la había hablado rápidamente y con firmeza — y Florencia la vió marcharse y acercarse con tranquilidad á su padre y á la señora vieja.

Desde ahora empieza á confiar Florencia en que gracias á la hermosa señora sabrá llegar hasta el corazón de su padre...



Y aquella noche, mientras Florencia dormía en la desierta casa, su madre, su verdadera madre, sonriendo ante sus esperanzas, con grande amor la bendecía.

## CAPÍTULO XXIX

## APERTURA DE LOS OJOS DE MÍSTRESS CHICK

Miss Tox ignoraba completamente lo que en casa de míster Dombey acaecía: no tenía la menor idea de los andamios y escaleras, de los hombres que con un pañuelo en la cabeza miraban desde fuera lo que en las habitaciones pasaba — á manera de extraños pajarracos.

Por las mañanas, cuando miss Tox se desayunaba, sus acostumbrados manjares eran un panecillito francés, un huevo, leche pura (ó calificada en el mercado como tal) y una tacita de te, la infusión de una cucharilla, bien llena, de esta hierba, con otra cucharita más como ración de la tetera — ya se sabe que esta costumbre de dar al cacharro donde se hace el te lo que le corresponde no se omite por las personas cuidadosas. El día en que la vemos, acabado de tomar este desayuno subió del comedor á la salita de recibo, para poner en el atril de su clavicordio la partitura del « vals de los pájaros », para regar los tiestos, quitar el polvo á las chucherías de encina de las mesas, y para hacer, en fin, de su salita el ornato más lindo de la Plaza de la Princesa.

Para tales operaciones se ponía Miss Tox un par de guantes viejos, de color de hoja seca, y que termi-